

LA HELADE Y SUS ATLETAS EN SAN PABLO

Tarso, metrópoli del comercio y de la ilustración helénica

Cada hombre irradia algo de sí en el ambiente en que vive, y a su vez recibe las influencias de su medio, ha escrito sabiamente el Cardenal Gomá. Es humanamente imposible sustraerse a las emanaciones misteriosas, pero reales y verdaderas, que toda comunidad social despide de sí, y que, como atmósfera sutil y delgada, impregna las fibras más secretas del que durante largos años convive en su seno. Insensible y calladamente, con el aire que hinche su pulmón y la vida que teje su existencia, respira el hombre y asimila las formas y los modos que su medio le ofrece y presenta constantemente. El espectáculo del marco natural que cada día hiere invariablemente su pupila y la contemplación de unas mismas personas y cosas que dentro de este marco uniforme viven y se desarrollan, no puede menos de dejar en el individuo huellas profundas y notas características. A medida que su ser se desenvuelve, el influjo de su medio ambiental aparece clara y distintamente: el concepto y el pensamiento, la expresión y la metáfora, serán siempre hijos naturales del individuo; pero al querer delinear sus facciones descubriremos los tintes y colores que le ha prestado el ambiente en que nació y vivió...

A través de las páginas evangélicas, acuarela brillante de lirios, pájaros y aguas, revélase la fuerza lírica y el exquisito gusto de Cristo Nazareno que llegó a intimar con la naturaleza en la región ubérrima y solitaria de Galilea.

Pero a través de los escritos paulinos, conjunción maravillosa de especulación y concepción, pensamiento y razón, vida y verdad, esmaltada con la metáfora fuerte y valiente de soldados con piel de hierro y atletas de carnes duras, descubrimos al Saulo judío y fariseo que albergaba en su alma el ardor rabínico, y al Pablo tarsense

y ciudadano que creció y vivió en la línea divisoria entre dos civilizaciones: la greco-romana del Occidente y la semítico-babilónica del Oriente»¹. El mismo Pablo que repetidas veces confiesa ser hijo de Abrahám², asegura con cierto orgullo genuinamente griego de su ciudad nativa, que competía con Alejandría y Atenas por su cultura: «Soy de Tarso, ciudad ilustre de Cilicia»³.

Ahora bien, una ciudad de tan eminente cultura helenística tenía forzosamente que influir de alguna manera en el Pablo tarsense y en el Pablo misionero que holló con su sandalia el imperio de las armas romanas y el imperio de las letras griegas.

Hoy, escribe abiertamente el Doctor Holzner⁴, está reconocido generalmente que el modo de pensar y vivir griego hizo en Pablo notable impresión. Pablo sentía una inexplicable inclinación hacia el alma griega, hacia la *psique* pagana. Desde un punto de vista natural tiene su fundamento en el ambiente griego de su ciudad natal y sobre todo en su lengua materna. El ambiente de Tarso en que S. Pablo vivió largos años nos indica el influjo del helenismo, al cual en Tarso aun el judaísmo de la Diáspora apenas podía sustraerse, así en la escuela como en la vida.

Al escribir así, llana y claramente, se apoyaba el insigne escritor en la nítida y paladina confesión de Ernst Curtius⁵: «Es incomprendible que se utilice como instrumento una lengua como la griega, patrimonio del pueblo de más rica cultura, sin que por la nueva doctrina fluya un torrente de conceptos y concepciones antiguos».

Esta impresión profunda y este influjo inegable que de la cultura griega y pagana recibió providencialmente Pablo, «peregrino entre dos mundos» y apóstol misionero de ciudades paganas y griegas⁶, nos parece descubrirlos y admirarlos en la visión deportiva y agonística de la vida que campea en las epístolas paulinas.

¹ JOSEPH HOLZNER, *San Pablo, heraldo de Cristo*, Ed. Herder, 1946, pág. 1.

² *Rom.* 11, 1; *Fil.* 3, 5.

³ *Act.* 21, 39.

⁴ *San Pablo, heraldo de Cristo*, pág. 3, y *El mundo de San Pablo*, Ed. Patmos, 1951, págs. 75-76.

⁵ *Paulus in Athen.* 1894. citado por J. Holzner en *El mundo de S. Pablo*, pág. 77.

⁶ *Rom.* 1, 14.

Esta concepción dura de lucha y deporte que dominaba en todo el mundo griego merced a la competición noble corporal, Pablo la bautizó religiosamente e introdujo en su ética conforme a la generosa ideología cristiana, abierta a todo lo humanamente bueno y bello, que el mismo Pablo traza en su epístola a los Filipenses: «Todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo noble y distinguido, si es que hay algo virtuoso o digno de alabanza, en esto pensad»⁷.

El concepto *ἀγών* era un firme elemento integrante de la educación griega⁸. Pablo asimiló perfectamente este concepto y lo formuló con la bellísima metáfora de la carrera de la vida espiritual y la realista imagen del pugilato del espíritu.

Mas para poder entender mejor a Pablo en sus expresiones y alusiones atléticas y llegar a formarnos una inteligencia más llena y transparente de su mentalidad agonística y deportiva de la vida, conviene echar antes una mirada a los juegos del mundo helético y poner de relieve algunos de sus rasgos y características más salientes.

El deporte en la Hélade

Al abrir la historia vemos que el origen de los juegos atléticos se pierde en una antigüedad. Su nacimiento fué ciertamente religioso, pues se celebraban en las fiestas de Zeus.

A medida que la historia se ilumina y desaparece la noche mitológica encontramos no al fundador, pero sí al restaurador de estas celebraciones antiquísimas que en el santuario de Zeus Olímpico venían sucediéndose cada cinco años con más o menos estabilidad. Desde Iphitos, descendiente de Oxylos y de Licurgo, se llamaron «juegos olímpicos», recibieron una nueva significación y gradualmente fueron aumentando los juegos en número y variedad. Pero en todos los programas de las Olimpiadas el elemento más constante y universal fueron las carreras a pie y las carreras de auri-gas junto con el pugilato.

⁷ *Fil.* 4, 8.

⁸ J. HOLZNER, *op. cit.*, pág. 83.

Todo heleno libre, de buena familia y fama, tenía entrada a los juegos; los esclavos sólo podían ser espectadores y las mujeres no podían asistir. Las leyes del certamen estaban prefijadas con exactitud y su quebrantamiento se castigaba con grandes penas.

Cada uno de los luchadores era primero muy examinado y debía jurar que por lo menos diez meses antes se había preparado convenientemente. El atleta de profesión pasaba todo el día preparándose para la lucha y estaba sujeto a un régimen especial ⁹.

La victoria debía ser leal, y como se obtenía en la fiesta del dios sumo y en presencia de toda la nación, de ahí la grandeza de su honor. Se premiaba al vencedor con una sencilla corona de olivo. En el instante mismo en que el *Helanodiké* o juez del certamen ceñía la sien victoriosa del atleta con la plata del olivo, los heraldos proclamaban ante todo el pueblo el nombre del vencedor, el de su padre y el de su patria.

A esta proclamación seguía una procesión solemne y un sacrificio de acción de gracias al padre de los dioses. Ante las pupilas rojas e hinchadas del atleta triunfador aparecía el espectáculo deslumbrante de un Zeus de oro y marfil sentado sobre trono de piedras preciosas con una corona de olivo silvestre en su cabeza y una Victoria coronada en su mano derecha. La serenidad, majestad, belleza grandiosidad (siete veces el tamaño natural de un hombre bien formado y constituído) eran insuperables; modernamente es considerada como la más bella y hermosa de las figuras humanas que nos ha legado la antigüedad clásica, obra del cincel de Fidias. Esta visión del gran padre de los dioses sublimaba a los vencedores; de aquí que la corona olímpica era para un heleno el colmo de toda felicidad, casi más que para los romanos el triunfo.

Solemidades análogas a los juegos olímpicos, con idéntica o distinta denominación, se celebraron luego en casi todas las ciuda-

⁹ «Qui studet optatam cursu contingere metam, — Multa tulit fecitque puer; sudavir et alsit;— Abstinit Venere et Baccho»... (HOR. *Ars. Poet.* 412).— «Vis Olympia vincere? Considera quid antecedere debeat, atque ita rem agendam suscipito. Oportebit te temperanter degere, definito uti victu, a bellariis abstinere, exerceri necessario et certo tempore, in aestu et in frigore, non frigidam bibere, nec vinum, uno verbo, moderatori tuo, sicut medico aegrotus, in omnibus obediatis oportet» (EPICT. *Enchir.* 35).

des y regiones. Todos los centros de alguna cultura estaban dotados de grandes anfiteatros y estadios donde una multitud innumerable de espectadores asistía a las carreras, pugilatos y certámenes de danza, música y poesía.

Estos ejercicios ennoblecieron grandemente el arte y la moral de los griegos y contribuyeron a mantener el equilibrio entre el espíritu y el cuerpo en una raza cuya principal sutileza e imaginación tenía necesidad de ser contrabalanceada por la práctica de los deportes atléticos ¹⁰.

No cabe duda que las competiciones de los atletas en el estadio eran una característica muy peculiar del pueblo griego y de capital importancia en su vida. Lo sumo para un griego era un alma intrépida y bella en un cuerpo sano, hermoso y fuerte. Y el camino que conducía a la plasmación de esta noble aspiración eran los juegos y certámenes atléticos que eran al mismo tiempo, como indicábamos al principio, fiestas religiosas y homenajes ofrecidos a los dioses. Los dioses eran para los helenos los hombres más hermosos y en su veneración procuraban hacer alarde de lo bello que tenían en sí: creían que se alegraban con las alegrías y con la hermosura, fuerza y habilidad de sus adoradores.

De esta manera la Hélade fué la que dió al Evangelio el «hombre», esa unidad indivisible de cuerpo y alma que sin el Cristianismo es seguro que no habría podido redimirse, pero sin el cual el

¹⁰ Homero en su *Iliada*, rapsodia 23, al narrar los juegos en honor de Patroclo, nos dejó una descripción detallada y sublime de unas carreras de veloces aurigas. «Todos a un tiempo levantaron el látigo, dejáronlo caer sobre los caballos y los animaron con ardientes voces. Y éstos, alejándose de las naves, corrían por la llanura con suma rapidez; la polvareda que levantaban envolvía el pecho como una nube o un torbellino y las crines ondeaban al soplo del viento. Los carros unas veces tocaban el fértil suelo y otras daban saltos en el aire. Los aurigas permanecían en los asientos con el corazón palpitante por el deseo de la victoria; cada cual animaba a sus corceles, y éstos volaban levantando polvo por la llanura» (HOMER. *Iliada*. XXIII, 362. Véase también SÓFOCLES, *Electra* 709). Al contemplar este cuadro de una viveza y colorido insuperable, se piensa en Pablo y en su escolta, avanzando vertiginosamente por la gran calzada camino de Damasco: «Saulo, respirando todavía amenaza y matanza contra los discípulos del Señor... como anduviese su camino, sucedió que, al llegar cerca de Damasco, de súbito le cercó fulgurante una luz venida del cielo» (*Act.* 9, 1-3).

Cristianismo tampoco habría encontrado nada que hubiera podido redimir ¹¹.

Ética agonística de Pablo

En la cabeza inteligente del niño o adolescente Pablo, siempre ardoroso y activo, que con la autorización o permisión paterna contempló las escenas apasionantes del estadio, debió quedar profundamente grabada la figura del atleta corredor, que como una llama de carne que enciende el viento, se lanzaba veloz hacia la meta, o la del auriga que, con el corazón palpitante por el deseo de la victoria, animaba a sus corceles que volaban por la llanura levantando torbellinos de polvo, o la del púgil nervudo y robusto que entre los aplausos frenéticos de la multitud arrastraba vencedor a su adversario vencido y humillado ¹².

Y si el austero y puritano progenitor le vedó siempre (?) la asistencia a la gradería del estadio y no pudieron sus ojos reflejar la imagen cautivadora de los atletas, sí debieron escuchar muchas veces sus oídos las descripciones de sus compañeros apasionados de Tarso o la de sus cristianos que, como buenos helenos, amaban ardientemente los juegos públicos.

A Pablo, carácter fuerte y batallador, debieron agraderle y complacerle estos certámenes atléticos que el Helenismo ofrecía periódicamente a los ojos ávidos de las muchedumbres. Al temperamento activo y esforzado del apóstol le contentaría el entrenamiento duro; la carrera vertiginosa y la lucha reñida y porfiada del atleta vencedor que en el estadio ceñía sus sienes con el olivo de la victoria y recibía las ovaciones ruidosas de los incontables espectadores.

Esta impresión personal y viva que Pablo recibiera en sus años

¹¹ J. HOLZNER; *op. cit.*, págs. 81-89.

¹² G. Ricciotti afirma que en materias profanas la escuela del Apóstol fué la vida cotidiana y que cuando Pablo habla de los atletas que participan en las competiciones en el estadio, nos refiere recuerdos personales: «¿Es que nunca habrá asistido, con autorización de su padre, a competiciones atléticas en el estadio de Tarso, o si el austero progenitor se lo prohibía siempre, no habrá escuchado atentamente las descripciones hechas por sus compañeros?» (*Pablo Apóstol*, Ed. Conmar, 1950, pág. 193).

de juventud y apostolado, la conservó intacta en su mente durante toda su vida y cuando quiso diseñar y dibujar su vida y la de todo cristiano, fulguró centelleante en su imaginación el recuerdo de los corredores y atletas del estadio de Tarso o las estatuas en bronce de los campeones olímpicos, que con el cuerpo inclinado hacia adelante, devoraban ansiosos el espacio con los ojos fijos en la meta.

Las alusiones que Pablo hace en sus epístolas a las carreras, luchas y pugilato del estadio son frecuentes, claras y nítidas:

«¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos, sin duda, corren, mas uno solo recibe el premio? De tal modo corred, que lo alcancéis. Y todo el que toma parte en el certamen, de todo se abstiene; y ellos, al fin, lo hacen por obtener una corona que se marchita; más nosotros una que no se marchita. Yo, pues, así corro, no como a la ventura; así lucho en el pugilato, no como quien da en el aire; sino que abofeteo mi cuerpo y lo reduzco a esclavitud no sea que, después de pregonar el premio para otros, quede yo descalificado»¹³.

«Subí conforme a una revelación. Y les expuse el Evangelio que predico entre los gentiles, y en particular a los que figuraban para que me dijese si yo corría o había corrido en vano»¹⁴.

«Lindamente corríais: ¿quién os atajó los pasos para no obedecer a la verdad?»¹⁵.

«...exhibiendo la palabra de vida, lo cual será para gloria mía en el día de Cristo, de que no corrí en vano ni en vano me afané»¹⁶.

«No que ya lo haya obtenido o que ya sea yo perfecto; mas sigo adelante, por si logro apresarle, ya que yo a mi vez fuí apresado por Cristo Jesús. Hermanos, yo no me hago cuenta todavía de haberlo yo mismo apresado; una cosa hago, empero: olvidando lo que dejo atrás y lanzándome a lo que me queda por delante, puestos los ojos en la meta, sigo corriendo hacia el premio de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús»¹⁷.

¹³ *I Cor.* 9, 24-27.

¹⁴ *Gal.* 2, 2.

¹⁵ *Gal.* 5, 7.

¹⁶ *Fil.* 2, 16.

¹⁷ *Fil.* 3, 12-14.

«Y también, si uno lucha como atleta, no es coronado si no lucha conforme a la ley»¹⁸.

«He luchado la noble lucha, he finalizado la carrera, he mantenido la fe; por lo demás, reservada me está la corona de la justicia, con la cual me galardonará en aquel día el Señor, el justo Juez; y no sólo a mí sino también a todos los que habrán aguardado con amor su advenimiento»¹⁹.

Todos estos pasajes rasaltan por la precisión y técnica de su terminología. Los vocablos que el Apóstol emplea, στάδιον, βραβεῖον, ἀγών, δρόμος, στέφανος, etc... son los propios y los clásicos de los certámenes atléticos. Esta exactitud en el léxico y esta frecuente alusión nos prueban el perfecto conocimiento que S. Pablo tenía de todos estos juegos y el recuerdo perenne que de ellos guardaba.

Esta concepción paulina de la vida, presentada con el colorido y realismo del deporte y de la lucha era muy asequible a la mentalidad griega y pagana tan entusiasta de las competiciones y certámenes atléticos.

Para el Apóstol el mundo es un estadio, la vida una carrera, una lucha y un pugilato, el cristiano un atleta, Cristo la meta y el cielo una corona.

Veamos la encarnación de esta idea deportiva y la realización de esta concepción agonística de la vida en el mismo S. Pablo, que «llevaba lo griego impregnado en la carne y en la sangre»²⁰. Pablo así concibe la vida cristiana y así quiere que sea y se viva. Así la vivió él.

La vida entera de Pablo fué una carrera decidida, una persecución ardorosa y un pugilato valiente.

Corría desolado Pablo en un principio tras la justicia de la ley; él mismo confiesa a los Gálatas que, «con exceso perseguía la Iglesia de Dios y la asolaba y me aventajaba en el judaísmo sobre muchos de mi edad, en mi linaje, siendo excesivamente celador de las tradiciones de mis padres»²¹.

¹⁸ *II Tim.* 2, 5.

¹⁹ *II Tim.* 4, 7-8.

²⁰ J. HOLZNER, *op. cit.*, pág. 76.

²¹ *Gal.* 1, 13-14.

Vió Cristo esta carrera impetuosa del fariseo apasionado y echó a correr tras él. En las cercanías de Damasco, cuando el corcel de Pablo se lanzaba victorioso hacia la meta levantando nubes de polvo que incensaban la faz radiante del perseguidor, que sentía ya sobre su frente en llamas la mano suave del triunfo que le ceñía los laureles, le alcanzó Cristo y se puso delante. El atleta vencedor cayó vencido. Carrera luminosa y gloriosa según la ley y según la carne, como esta estela de polvo que el sol de mediodía dora con sus rayos; pero en el espacio infinito se esfuman los torbellinos de polvo y junto al corcel brioso aparece Pablo, clavadas sus rodillas en la dureza del camino y fijos sus ojos en la luz: su espíritu se ilumina y su carne pierde la vista.

Cristo sigue corriendo hacia adelante y su silueta se pierde en la lejanía del camino. Pablo se ha levantado, en su alma lleva clavado el aguijón y como si una auriga invisible dejara caer sobre sus espaldas el cuero candente de un látigo de fuego, emprende de nuevo su marcha veloz y sigue tras Cristo con el vigor indómito e invencible de joven alazán, no ya para derribarle sino para alcanzar la justicia de la fe y la corona de la vida eterna en Cristo Jesús. Cristo ha apresado a Pablo ²², meta codiciada de su corazón divino, y a su

²² Cfr. *Fil.* 3, 12. El verbo griego καταλαμβάνω presenta en los clásicos diversos matices muy diversos de ser notados; κατελήφθην podría traducirse por «fui sorprendido, fui conquistado, fui hecho presa» y se aplica a una persona a quien le toca de sorpresa un suceso, un soldado hecho prisionero, *un premio ganado en una competición*, la fiera capturada en la caza. J. Holzner y G. Ricciotti adoptan el último de los modos posibles de traducción y lo aplican a la fiera capturada en la caza. Así J. Holzner: «Saulo era como un cazador que está poseído de un indomable gusto por la caza. Pero no era el único cazador en estos días. Otro, el Señor de los discípulos, le sigue la pista. Saulo cree perseguir y es perseguido. La gracia de Cristo cazó esta vez la pieza de más valor que nunca había cazado». (*San Pablo, heraldo de Cristo*, pág. 29). Y más bellamente Ricciotti: «Pablo fue alcanzado de pronto por Cristo Jesús, que con longanimidad y sagacidad le había espiado, le esperaba y, de pronto cayó sobre él (κατα-) y se apoderó de él (λαμβάνω). El arquero invisible le había espiado y había seguido sus huellas desde hacía mucho tiempo, porque había puesto los ojos sobre él desde que estaba en el seno de su madre (*Gal.* 1, 15); el apostamiento, en cambio, sucedió en el camino de Damasco, del modo que ya sabemos: se lanzó la flecha, voló infalible, se incrustó en la carne viva de la presa, pero de qué modo el arma enescrutable domó, conquistó y transmutó en un solo golpe a aquella fiera salvaje, esto ni lo sabemos ni lo sabremos jamás» (*Pablo Apóstol*, pág. 226).

vez Pablo corre, corre siempre infatigable con ardores de persecución en pos de Cristo que es ya su meta única y total: «Sigo adelante, por si logro apresarle, ya que yo a mi vez fui apresado por Cristo Jesús, puestos los ojos en la meta»²³.

Anhalante y decidido, con los nervios tensos y la mirada clavada en su meta divina, corre veloz el Apóstol enamorado de Jesucristo por el estadio de este mundo. «Podrán los años surcar de arrugas su frente y coronar de nieve su cabeza; pero sus pies correrán siempre ligeros y volarán obstinados hacia su Cristo y hacia su meta». «Hermanos, yo no me hago cuenta todavía de haberlo yo mismo apresado; una cosa hago, empero: olvidando lo que dejo atrás y lanzándome a lo que me queda por delante, puestos los ojos en la meta, sigo corriendo hacia el premio de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús»²⁴.

Sólo cuando los eslabones fríos y duros de férreas cadenas abracen crueles sus tobillos polvorientos y las paredes húmedas y tristes de una cárcel detengan implacables sus pasos de corredor y atleta escribirá a su carísimo Timoteo: «He finalizado la carrera»²⁵.

En sus largas horas de cautiverio, separado de sus más fieles amigos y aislado de los miembros de la comunidad romana, el corredor incansable clava su vista cansada en el largo estadio de su vida. La carrera ha sido larga, trabajosa y amargada con dolores y pruebas; más de treinta años de servicio fiel, de seguimiento indefectible, de carrera acelerada y rápida tras su ideal y su meta. Pero ahora ha llegado a su fin y sobre su cuerpo encorvado y gastado siente la mano blanda del Divino *Helanodike*, Cristo Jesús, que va a coronar su sien victoriosa de corredor y atleta con los laureles inmarcesibles del triunfo y con el olivo argentado del descanso y de la inmortalidad: «Por lo demás, reservada me está la corona de la justicia, con la cual me galordanará en aquel día el Señor, el Justo Juez»²⁶.

²³ *Fil.* 3, 12-13.—A. VITTI, S. I. estudia exegéticamente el presente pasaje en *Verbum Domini*, vol. IX, 1929, págs. 353-359.

²⁴ *Fil.* 3, 13-14.

²⁵ *II Tim.* 4, 7.

²⁶ *II Tim.* 4, 8.

Junto a la imagen del corredor del estadio coloca casi siempre S. Pablo la del púgil que lucha en la arena.

La carrera y el pugilato eran indispensables en las competiciones atléticas del Helenismo. Ya advertimos al principio que estos dos números nunca faltaban en los programas y eran insustituíbles en la mentalidad helénica para la adquisición de un organismo capaz y hábil para el manejo de las armas; con estos ejercicios corporales y físicos sus cuerpos se aprestaban para la lucha y el combate continuado.

S. Pablo nos presenta también su vida bajo la metáfora áspera y fuerte del púgil despiadado que después de penosísimo entrenamiento, con el cuerpo desnudo y los puños forrados de plomo y cuero, golpea con agilidad y destreza a su adversario. El competidor de Pablo es su cuerpo, su hombre viejo. En Pablo hay entablada una lucha cuerpo a cuerpo entre el «yo» superior y el inferior. Pablo doma su naturaleza caída con toda suerte de privaciones y sacrificios y la trata con más crueldad y fiereza que el púgil profano trata su propio cuerpo. No lucha Pablo en su pugilato «tamquam aërem verberans», como si hundiera neciamente sus puños en el vacío y en el aire, fatigándose inútilmente y dejando ileso a su adversario.

No hace Pablo como el heraldo, *κῆρυξ*, que se contenta con hacer observar en la arena las leyes del juego, solucionar los litigios entre los luchadores y proclamar el nombre de los vencedores. Pablo es ciertamente el heraldo que proclama con fuerte pregón el combate, que invita a los demás a la lucha, les dicta las leyes del pugilato y les conforta en la pelea; pero él mismo, dejando sus insignias heráldicas, se lanza también presuroso a la arena y lucha denodadamente para no ser vencido y alcanzar el premio de la victoria y de la gloria ²⁷.

Sobre su cuerpo descarga implacable sus osadías apostólicas y

²⁷ Velut praeco (*κῆρυξ*) alios ad certamen suscipiendum invitabat, leges pugilatus promulgabat, certantes excitabat, sed ipse quoque palaestram ingressus, tamquam unus ex athletis coronam adipiscere studebat adversarium suum debellans ne ἀδόκιμος fieret (CORNELY, *Comm. in S. Pauli Epistulas, Prior Epist. ad Cor.*, (p. 268).

sus tribulaciones ministeriales: como un diluvio de plomo mortal caen sobre él trabajos copiosos, cárceles frecuentes, golpes incontables, naufragios repetidos, flagelaciones crueles, peligros varios, crudas noches de insomnio, hambre, sed, ayunos, frío, desnudez y fatiga ²⁸.

Así machacado, molido y triturado su hombre viejo, Pablo lo pasea y lo arrastra, mortificado y humillado, ante la faz del mundo, testigo y espectador de sus luchas y dolores. A semejanza del púgil griego que paseaba vencedor por la arena movediza al contendiente vencido y quebrantado a golpes, Pablo arrastra esclavo a su cuerpo, sojuzgado y aherrojado por la tiranía del espíritu.

Pablo ha luchado como atleta valeroso y conforme a la ley; como a púgil victorioso le aguarda ahora el trofeo, la gloria y el galardón. «Por lo demás, reservada me está la corona de la justicia. con la cual me galardonará en aquel día el Señor, el Justo Juez».

SEBASTIAN FOIX, C. M. F.

²⁸ *II Cor.* 11, 23-27.